



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1695

*Del académico de número don José
Judkovski, acerca de*

JACOBO FIJMAN, EL POETA DE LOS SENDEROS

Señor Presidente:

Comienzo con la lectura de unos versos:

De sed muero cerca de la fuente;
tiritito de frío en medio del fuego;
extranjero me siento en mi patria;
y siento escalofríos junto al brasero.
Desnudo como un gusano, respetable parezco;
llorando río y sin esperanza espero;
me reconforto con el mal en la desgracia;
me regocijo y ningún placer siento;
soy un poderoso sin poder y sin fuerza;

[...]
tengo mucho de lo que nada tengo.
Herencia espero, no soy pariente de nadie;
bienamado por todos, negado por completo...

Son de Francois Villón, de su poema “Balada del concurso de Blois”. Si no consideramos las imprescindibles variables de tiempo y espacio, podríamos creer que Francois Villón describe en el poema enunciado vida y obra de Jacobo Fijman, de quien se cumplió el trigésimo primer aniversario de su muerte hace pocos días.

La vida de Fijman, poeta de intensa espiritualidad, enmarcado en un hábitat natural de miserias, maltrato, soledad, abandono y, a pesar de ello, jubiloso, transcurrió fuera de toda clase de corrupciones: lejos de lo mundano, de lo material, exiliado en su poética abstracción, aceptando la existencia de un infinito que el hombre no consigue dominar y al cual él intenta abrazar.

Había nacido en Orgeyev, un pequeño pueblo de la Besarabia rusa, un 25 de enero de 1898. Huyendo de groseras persecuciones, violaciones y exclusiones, llega, junto a sus padres, Aarón Fijman y Nidja Rioba, y dos hermanas menores, a nuestro país en el año 1904.

Autodidacta a tiempo completo, dotado de una inteligencia superior, estudió Derecho, Matemáticas, Medicina, idiomas diversos: griego, latín, francés, hebreo, así como también las filosofías de Aristóteles, Baruj Spinoza, Maimónides y Santo Tomás de Aquino, la Cábala judía y las poesías místicas de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Andariego marginal, realizando los más variados trabajos para su precario sostén –peón de campo, vendedor ambulante, violinista en pueblos abandonados, periodista– dormía la mayor parte de su tiempo en albergues, calles y estaciones abandonadas de ferrocarril. Cuando cumple 23 años, en una situación confusa con diagnóstico de alteración mental, es internado en el Hospicio de las Mercedes.

Sucesivas alteraciones, agregadas a una vida de hambre y abandono, hace que en noviembre de 1942 lo internen en el hoy Hospital Neuropsiquiátrico Dr. Borda, donde

habitó hasta su muerte, con salidas que dedicaba a caminar por Buenos Aires, asistir a misa y frecuentemente a visitar su querida Biblioteca Nacional de la calle México.

Vale recordar que meses antes de su internación en el Borda, un despótico y siniestro director de nuestra Biblioteca mayor, Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), hombre obnubilado por su odio al “diferente”, prohíbe a nuestro poeta su ingreso, demostración cabal de la sentencia de Albert Einstein: “Hay dos cosas infinitas: el Universo y la estupidez humana. Y del Universo no estoy seguro”. Conjeturamos que, en su dolor por tamaña injusticia, nuestro poeta se haya preguntado: “¿Acaso soy hijo de un Dios menor?”.

Hacia el año 1930 asume el catolicismo, sin perder jamás sus raíces judías, según se desprende de su poética tan cercana a la Cábala judía.

Si bien este paso lo hundió más en la marginación por parte de descreídos católicos y judíos, cabe reconocer que espíritus fraternos supieron cuidarlo y protegerlo: Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo, Francisco Luis Bernárdez, Pompeyo Audivert, Alfredo Bigatti, don Manuel Gleizer, entre otros.

Desde su condición de poeta, jamás perdió el respeto y la admiración de sus pares y críticos. Manuel Gálvez lo consideraba el mayor talento lírico de su época. Antonio Pagés Larraya sostenía que “los poemas de Jacobo Fijman, únicos en la poesía de nuestro país, trascienden lo divino en su expresión más pura”. Su amigo y admirador Leopoldo Marechal, quien lo introdujo en el prestigioso mensuario vanguardista *Martín Fierro*, lo reconocía como artista ubicado entre lo real y lo fantasmal, inmortalizándolo en su imprescindible *Adán Buenosayres* con su personaje Samuel Tesler. Así como años más tarde Abelardo Castillo, quien consideraba a Fijman un “ser superior”, adoptó igual criterio en su obra *El que tiene sed* con el personaje Jacobo Fixler.

Sin embargo, a pesar de los justos reconocimientos, su vida y su obra se encuentran sistemáticamente olvidados. Tres son los poemarios publicados de Jacobo Fijman: *Molino Rojo* (1926), *Hecho de estampas* (1930) y *Estrella de la mañana* (1931). A este “poeta maldito”, “poeta veraz”, que desbordaba fantasía y misticismo, su enfermedad no fue impedimento para la construcción de una poética perfecta, coherente, que contradice la imagen necia del artista “loco” que escribía poemas.

Su obra obliga a internarse en los sesudos y difíciles caminos ascendentes de la Cábala judía y el misticismo cristiano, exigiendo el esfuerzo del despojamiento para ingresar a un mundo ambiguo, jubiloso, inacabado, inacabable en conexión sublime con la escritura de Di-os. Su poesía tiene palabras y signos claros: caminos, senderos, puertas, puentes, árboles:

Amo tu nombre con pavor amoroso.
Con pavor amoroso mi camino se alegra y regocija con tu nombre.
(Poema VI de *Estrella de la mañana*)

Mueren caminos
y se levantan puentes..."
("Ciudad Santa", de *Hecho de Estampas*)

Sobre los árboles
embalsamados de cordialidad
aromados de estrellas
se trepan las callejas.
"Barrio", de *Molino Rojo*)

Caminos, puentes, callejas, árboles, equivalentes a las 613 puertas cabalísticas, siempre ascendentes, equivalentes al *Sefer Yetzirá (Libro de la Creación)*, de autor y época desconocidos, con su sentencia inicial:

Con 32 senderos de sabiduría, Di-os creó el Universo.
Senderos en el antiguo hebreo se dice *Netivot*, senderos de Creación.

La lectura de Jacobo Fijman exige el esfuerzo de encontrar, junto con sus caminos, puentes, callejas, árboles, senderos, al Peregrino. El peregrinaje es signo del estado de exilio permanente. Por ello en Fijman aquello que en la vida “normal” es *residencia*, en él es simple *paradero*, siempre en búsqueda jubilosa de la *residencia definitiva*:

Guía de carreteras bifurcadas.
Surcos.
Distancias.
Todas las heredades interrumpidas como en un PARADERO definitivo.
 (“Mediodía”, de *Molino Rojo*)

Jamás hizo de sus angustias, dolores y exilio algo curricular. Despojado de todo, sólo escribía. Por ello le confiaba a Vicente Zito Lima, uno de lo que más ha trabajado para sacar a Jacobo Fijman del arcón de los olvidos: “Tuve experiencias místicas de orden sensorial. Sentía perfumes... sentía olor a selvas y bosques... y en el cuarto que habitaba no había una sola flor”.

Así lo entendió Raúl Scalabrini Ortiz:

Fijman se hundió en el fondo inexplorado. Cuando emergió, estaba pringado de fango por fuera y embebido de imágenes por dentro... viene a decir el color del sol visto desde la cima, el olor de la vida percibida desde el fango... las sensaciones que las sombras reservan a los que, amando la luz, son olvidados por ella.

Jacobo Fijman, un poeta unicaule, extendió, desde la mística jubilosa, las fronteras de la realidad: “Danzo en la gracia de todas las familias y el Universo” (Poema VI de *Hecho de estampas*). Y en su poema “Pampa de una noche y un día con su noche” dice:

Saltaban los caminos,
en el cielo y en la tierra, en la tierra y el cielo,
gracia en la tierra, gloria en el cielo;

[...]

Día del nacimiento,
del nuevo pan, del nuevo vino,
del pan eterno y vino eterno.

Claro que su mística jubilosa no lo exime del hombre que sufre y padece, pero sin rebeldía:

A través de mi llanto
digo... miseria...
yo me veo colgado como un Cristo amarillo
sobre los vidrios pálidos del mundo.
(Poema V de *Hecho de estampas*)

Falleció el 1º de diciembre de 1970. A su velatorio en la SADE sólo asistieron tres personas.

El poeta español Félix Grande, autor de *La Cabellera de la SHOA*, enseña: “No basta con escribir temas eternos para asegurarse la eternidad”. Jacobo Fijman, poeta maldito, poeta veraz, sin duda ha logrado la eternidad. Como plegaria a su memoria decimos con Francis Picabia (1878-1953) en su poema “Los gatos que miran”:

Los gatos que miran a los pájaros
tienen ojos que piensan;
los pájaros que miran a los gatos
tienen ojos que dudan.
Los míos se cierran
para meditar sobre los milagros.

Buenos Aires, 3 de diciembre de 2011

JOSÉ JUDKOVSKI
Académico de número
Titular del Sillón “Ángel Gregorio Villoldo”